

NECROLÓGICAS

Yves-Marie Congar (1904-1995), *in memoriam*

Yves Congar, teólogo de la vida de la Iglesia. Así puede resumirse lo que unos y otros, en el transcurso de estos meses desde su fallecimiento, expresan, al describir lo que constituyó la vida, el pensamiento y la obra teológica del ilustre dominico francés. No quiso que su teología fuera una teología de gabinete, prisionera de sí misma, sino un diálogo continuo con los acontecimientos de nuestro siglo XX —ahora a punto de concluir—, con toda su carga densa y dramática, en orden a entender y explicar mejor la fuerza de la vida de Dios que irrumpe en la historia con su Iglesia.

Nace Congar el 13 de abril de 1904, en Sedan (Ardenas), en el seno de una familia católica de la pequeña burguesía. El contexto geográfico de Sedan y la primera guerra mundial le marcan profundamente. La formación católica, protagonizada especialmente por su madre y por el párroco del lugar, contribuye a configurar en el pequeño Yves Marie un carácter reflexivo y disciplinado, no exento de algunas reacciones fuertes, acostumbrado a las dificultades y propenso al diálogo en un lugar de encrucijada para católicos, protestantes y judíos.

La Iglesia en Francia atraviesa al despuntar el siglo una situación dolorosa: el cierre de miles de escuelas católicas, la prohibición de enseñar a las congregaciones religiosas y las pretensiones por parte del gobierno de nombrar los obispos contribuyen a configurar la amenaza que encuentra San Pío X —León XIII había muerto el 20 de julio de 1903— de una ruptura completa del Estado francés con la Iglesia. Esa ruptura se oficializa con la «Ley de Separación», promulgada en diciembre de 1905 y considerada en su época como la más radical del mundo.

Durante la infancia de Congar (1905-1915) la Iglesia vive en práctica clandestinidad. A los sacerdotes sólo se les permite el mero uso de los templos. Ni siquiera la explosión de la primera guerra mundial sirve para normalizar las relaciones entre París y el Vaticano. Sólo se restablecerán después, acabada la guerra en 1921, ante la insistencia de la Asociación de excombatientes, que contaba entre sus afiliados muchos eclesiásticos. Las consecuencias de la *Séparation* para el país son graves: disminuyen progresivamente las vocaciones sacerdotales y la práctica religiosa; la atmósfera pública se enrarece por los extremismos, catalogados en el terreno de las ideas religiosas como modernismo e integrismo, e impregnados con frecuencia por un tinte intelectual-político.

Congar crece en este ambiente y se empapa de preocupaciones vivamente humanas, intelectuales y cristianas. El 25 de agosto de 1914 es protagonista pasivo de la ocu-

pación alemana durante cuatro años. Aunque antes de la guerra quería ser médico, entre 1917 y 1918 decide ser sacerdote tras unas semanas de incertidumbre y sentimientos de indignidad. Al año siguiente entra en el seminario menor de Reims y dos más tarde ingresa en el parisino *des Carmes* para estudiar filosofía. Orientado intelectualmente hacia el tomismo, a través de la liturgia descubre el admirable valor de las órdenes monásticas. En los últimos meses de su servicio militar, opta por la vida religiosa, vacilando todavía entre San Benito y Santo Domingo, «aun teniendo en el fondo de mí mismo el sentimiento de que éste prevalecería», como de hecho sucedió.

Se adhiere en esos años a las ideas de *Action française*, más por patriotismo que por verdadero convencimiento. Se separa de esas tesis a partir de la condena de 1927, que será por él considerada como una liberación, como una de las misericordias que Dios le ha concedido. En la misma época frecuenta los ámbitos intelectuales-espirituales de Maritain y Garrigou-Lagrange. En su «cuaderno de notas» Maritain consigna la asistencia de Yves Congar al retiro anual de los círculos tomistas. Señala que en ese momento era Congar estudiante del Instituto Católico en el que el mismo Maritain regentó la cátedra de Historia de la Filosofía Moderna. Congar había conectado con el filósofo por primera vez en 1921 en su casa de Versailles. En los dos años siguientes, el retiro predicado por el P. Garrigou tendría lugar en Meudon, donde se había trasladado la familia Maritain. Congar solía ir allí una vez al mes, un domingo por la tarde, para escuchar los comentarios del maestro a los textos de Juan de Santo Tomás. De Maritain apreció Congar siempre su «grandeza espiritual». En Santo Tomás admiró el rigor de las ideas y el alcance del aspecto formal de las cuestiones.

Ya en el convento dominicano de Le Saulchoir, y bajo la influencia preponderante de M. D. Chenu, la afición que Congar sentía desde niño por la historia se convierte en una dimensión de su pensamiento y su quehacer teológico, que enriquecen su formación tomista. Ahí redescubrirá también que el germen de su vocación ecuménica «se encontraba ligado con el de mi vocación dominicana, en la conciencia nueva que tenía de ser llamado al sacerdocio». La preocupación ecuménica formará enseguida parte de su tarea, como otra dimensión esencial de su trabajo. Tras su ordenación sacerdotal en 1930, sustituye a Chenu como profesor de Introducción a la Teología durante un año y se traslada luego a París, donde recibe lecciones de sociología, asiste a los cursos de Gilson sobre Lutero y toma contacto con la Facultad de teología protestante. Más tarde regresa a Le Saulchoir y trabaja, con Chenu y Féret, en la elaboración de una Historia de la teología que retorne a las fuentes, atenta a los nuevos horizontes que se abren especialmente en la eclesiología.

En paralelo con este intenso trabajo intelectual, desde 1929 los capellanes de la J.O.C. —nacida tres años antes— y de Acción Social mantienen frecuentes encuentros con Chenu y Congar. En las reuniones, que Congar califica de *rencontres apostoliques*, participan el P. Cardjin y el P. Guérin. Se estudian los sucesos y se procura atender y responder a las tendencias imperantes. Especialmente preocupa la descristianización que va convirtiendo a Francia en un verdadero «país de misión». Con motivo de su «conclusión teológica» a una encuesta sobre la increencia realizada por la *Vie Intellectuelle* (1935), se apunta otro de los campos a los que el nombre de Congar queda inseparable-

mente unido: la teología del laicado, y más concretamente, el intento de comprender la figura de los laicos en una *ecclesiología total*. En sus encuentros con los laicos, Congar les habla no sólo de vida espiritual personal, sino de transformación cristiana de la sociedad, comenzando por el propio «medio» o ambiente de vida. Son los años de la «explosión» de la Acción Católica francesa.

Pero vino la guerra. Con su cortejo de muertes, deportaciones, desequilibrios de todo tipo, trajo también nuevas experiencias, contactos más estrechos entre sacerdotes y laicos, en los campos de concentración —Congar estuvo prisionero sucesivamente en Mayence, Berlín, Colditz, Silesia, de nuevo en Colditz, y finalmente en Lübeck—, en las fábricas y en los frentes, imprimiendo una profunda sacudida al catolicismo francés, que salió en cierto modo fortalecido de aquella tremenda crisis.

Se agudizó la conciencia de la necesidad de recristianización y renovación apostólica. Vieron la luz nuevas instituciones, publicaciones e iniciativas apostólicas. Congar es citado como promotor de la Misión de Francia, junto con el cardenal Suhard, el P. Loew, el P. Voillaume y H. Godin. Al evocar los años 1946-1947 los describirá como uno «de los más bellos momentos de la vida de la Iglesia». Poco después publica dos obras señeras para la renovación eclesiológica contemporánea, que prefiguran dos de las principales vertientes de su tarea: *Vraie et fausse réforme de l'Église*, texto que tendría una importante repercusión ecuménica, y *Jalons pour une théologie du laïc*, libro de gran calado sobre el tema. La importancia y los límites de *Jalons* quedaron de manifiesto con la ulterior evolución de la teología del laicado (desde el Vaticano II hasta la *Christifideles laici*), cuyas intuiciones centrales ya venían siendo operantes a través de fenómenos pastorales suscitados por el Espíritu en la Iglesia, aunque Congar no los conocía al escribir su libro, por ejemplo el *Opus Dei*.

Mientras tanto, desde 1947 Congar es objeto de incompreensiones y desconfianzas por parte de quienes no ven con buenos ojos los nuevos planteamientos pastorales en Francia, sobre todo el intento de los *sacerdotes obreros*, experiencia que, como es bien conocido, desembocó en una profunda crisis. No eran tiempos fáciles para la armonización entre el espíritu renovador y el necesario discernimiento pastoral. A causa de esas dificultades, y movido en parte por las sugerencias de sus superiores, en 1954 Congar se traslada a la Escuela Bíblica de Jerusalén y más tarde a Cambridge y Strasbourg.

Tras la convocatoria del Concilio, cambian las cosas. Juan XXIII lo nombra consultor de la Comisión preparatoria; desde marzo de 1963 viaja frecuentemente a Roma, especialmente desde que es nombrado perito de la Comisión teológica, para colaborar con Mons. Garrone en la elaboración del *De Ecclesia*, bajo la dirección de Mons. Gérard Philips. Trabaja también en la comisión que estudia la Iglesia en relación con el mundo actual. A partir de la segunda sesión del Concilio interviene así mismo en la preparación de *Dei verbum* y colabora en los textos sobre el ecumenismo, la libertad religiosa, la declaración sobre las religiones no cristianas, el decreto sobre las misiones y el futuro *Presbyterorum Ordinis*. Reforma en la Iglesia, ecumenismo, laicado, misión... habían sido las grandes líneas de su trabajo, que puso entonces al servicio del Vaticano II. En cuanto a su teología del laicado, he escrito que a mi entender «pertenece ya, en su sus-

tancia, al acervo de lo que la Iglesia ha pensado sobre sí misma en el transcurso de la historia y pertenece a lo que la Iglesia, por medio de la tarea teológica, ha expresado sobre su propio ser y vivir» (R. Pellitero, *La teología del laicado en la obra de Yves Congar*, Pamplona 1996, p. 491). Ese juicio, referido a sus escritos sobre los laicos, puede ser ampliado, con las convenientes matizaciones, a la obra teológica de Congar.

A causa de una afección neurológica que se manifestó en el otoño de 1935, agravada a partir de 1967, se vio forzado a limitar su incansable actividad, para permanecer cada vez más cerca de los médicos. Volvió a Le Saulchoir en 1968 y se trasladó a París en 1972. Desde allí siguió colaborando en la «recepción» del Vaticano II, entre otras cosas, dirigiendo una importante colección de comentarios a los textos conciliares. Miembro de la Comisión Teológica Internacional desde su fundación en 1969, y también del consejo editorial de «Concilium», trabajador infatigable, abierto a la autocritica, sus boletines y noticias bibliográficas en la «Revue des sciences philosophiques et théologiques» se extienden desde 1932 hasta casi nuestros días. Su bibliografía sobrepasaba en 1989 los 1.700 títulos.

Durante la última década de su vida, desde el hospital de «Los Inválidos» siguió con atención las noticias de la Iglesia y del mundo, procurando desempeñar sus últimos servicios con la mayor competencia posible, cuidando hasta el final la seriedad de sus relaciones y compromisos. Ya en 1974, cuando sus amigos quisieron hacerle un regalo en su septuagésimo aniversario, titularon el volumen en su honor: «Teología. El servicio teológico en la Iglesia». Con motivo de sus noventa años Juan Pablo II le dirigió una carta donde le agradecía su participación en el movimiento ecuménico y su obra teológica y eclesiológica. Poco después lo nombró cardenal. El día del funeral de Congar, en sendos telegramas dirigidos a Mons. Lustiger, cardenal de París, y al P. Timothy Radcliffe, maestro general de la orden dominicana, Juan Pablo II evocó su magisterio teológico, «servidor ardiente de la Iglesia incluso en el curso de sus numerosos años de pruebas», que «puso todo su corazón y toda su inteligencia en profundizar el misterio de la Iglesia y servir a la causa de la unidad. Por su valiente fidelidad a la gran tradición que conocía admirablemente, permanecerá como inspirador para sus hermanos y para numerosos cristianos».

Guardo del padre Congar especialmente un pequeño recuerdo, que testimonia esa capacidad de trabajo y de servicio a la que me he referido: una carta breve y amable a propósito de mi investigación en sus escritos sobre el laicado. Por su difícil caligrafía, apenas es legible. Pero su autor no quiso demorar ese detalle, en un momento en que no tenía a mano su secretario.

Quiera Dios tener siempre consigo *in Patria* a aquel que trabajó incansablemente por su Iglesia *in terris*, fallecido santamente en París, el 22 de junio de 1995.

Ramiro PELLITERO
Facultad de Teología
Universidad de Navarra
E-31080 Pamplona